

ma de relaciones entre la Santa Sede y la Real ór te de Francia.»

Pio VII, al recordar las protestas hechas en Viena, no deja de hablar tambien de Aviñon y del condado Venesino.

Invita al rey cristianismo á que corrija en sus Estados lo que no es conforme al bien de la Iglesia, y concluye en estos términos: «Todos nuestros sentimientos son dictados por el amor que profesamos á V. M., y por el interés que tomamos en su verdadero bien. Pedimos á V. M. con el mayor fervor de nuestra alma los acoja con una deferencia filial, disponiéndose á satisfacerlos con un santo valor y esperando de Dios una gran recompensa, en prenda de la cual concedemos con el íntimo afecto de nuestro corazón á V. M. y á toda su Real familia la bendición apostólica.»

Luis XVIII ratificó el convenio de 23 de agosto; pero no debía ejecutarse.

En el mismo momento en que el Papa dirigia al rey el breve que acaba de leerse, este príncipe hacia escribir en 5 y 7 de setiembre á los arzobispos y obispos que gobernaban las diócesis en virtud del concordato de 1801, diciéndoles que veria con placer que estos prelados hiciesen las renunciaciones de sus Sillas; de tal manera que despues de haber recibido la renuncia de todos se pudiese hacer un nombramiento nuevo y general. Y la razon de esta exigencia, sugerida por los obispos no dimisionarios á Luis XVIII, es que «despues de tantos y tan violentos sacudimientos que trastornaron los antiguos límites, despues de una necesidad tan extrema, que hizo que se adoptasen reglas extraordinarias, es un deber de los soberanos usar de circunspeccion y vigilancia para impedir que lo que se ha tolerado en los tiempos difíciles pueda al fin pasar por ley y convertirse en un peligroso ejemplo para la posteridad (1).» Algunos de los actuales titu-

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, p. 454.

lares ofrecieron su dimision sin vacilar: los demas, y eran el mayor número, declararon que estaban dispuestos á hacer todo lo que el Papa y el rey les mandasen de acuerdo (1): muchos sin embargo evitaron responder directamente, ó aun dieron una negativa positiva; pero hubo muy pocos en esta clase. No se habia escrito á los cuatro antiguos constitucionales que ocupaban las Sillas de Angulema, de Aviñon, de Cambrai y de Dijon.

Los obispos no dimisionarios, que aconsejaban se obtuviese de los actuales titulares el sacrificio de sus Sillas, eran siempre deudores al Papa de un acto de obediencia. La carta de 22 de agosto, de que se ha hecho mencion, no fué agradable á Roma, y por eso se

(1) Copiamos la carta del piadoso arzobispo de Burdeos, Mr. de Aviau, á Luis XVIII. Este prelado escribió al rey en 23 de setiembre de 1816: «Señor, el limosnero mayor me anunciaba en una carta de 14 de este mes, que V. M. veria con satisfaccion que así por el honor de su corona como por el amor á la paz, consintiese yo con una voluntad perfectamente libre en hacer mi dimision, y que al mismo tiempo escribiese á Su Santidad para motivar mi conducta.

«Tan altos intereses me determinarían sin duda á renovar hoy y sin vacilar lo que quince años há hice; pero esta renuncia, que yo haria con tanto celo, no podria tener lugar mas que en manos de Su Santidad misma: en cualquiera otra forma seria irregular y de ningun efecto. Que el Santo Padre me la pida tambien, y en el acto la haré.

«Segun las seguridades consignadas en los papeles públicos, posteriormente á esta carta del limosnero mayor felices acomodamientos harian en la actualidad inútiles estas medidas extraordinarias.

«Señor, ¡cuán triste seria para vuestros fieles súbditos ver prolongarse interminablemente estas negociaciones entre un monarca tan religioso y un Pontífice tan virtuoso, entre el Padre comun de la Iglesia y el hijo primogénito de ella! Me atreveré á decirlo á V. M.? He temido que se alejase mas y mas el término deseado, cuando he visto que en estas circunstancias delicadas parecia afectarse en Paris hacer valer sobre las tesis teológicas aquella Declaración de 1682, contra la que han reclamado sin cesar doce Papas desde aquella época. V. M. sabe perfectamente lo que acerca de este punto se prometió en 1693 por Luis XIV, y cómo se observó esto hasta la muerte de aquel gran monarca. No es sorprendente que los parlamentos, opresores constantes del clero, y Bonaparte despues, hayan presentado esta Declaración como el baluarte de nuestras libertades galicanas.»

trató de escribir otra, en la que se hicieron sucesivamente diversas modificaciones. En 15 de octubre el limosnero mayor, habiendo reunido á sus colegas, les leyó una declaración de sus sentimientos, en la que se les esponia los motivos que le movian á facilitar con todo su poder un arreglo tan importante y necesario. Su firma anunciaba ya por sí sola lo estenso de su determinacion, pues en ella no se calificaba mas que de antiguo arzobispo de Reims. MM. de Bonnac, de Chilleau, de la Fare, de Coucy, que no tomaban ya mas que el título de antiguos obispos de Agen, de Chalons-sur-Saone, de Nancy y de la Rochela, y el abate de la Tour, que se titulaba simplemente nombrado en otro tiempo para el obispado de Moluins, se adhirieron al acto del limosnero mayor.

Mr. Perigord escribió el 1.º de noviembre al duque de Richelieu, dirigiéndole un proyecto de carta del rey al Papa sobre todas estas disidencias. Esta carta, en que se habla de la disposicion general de los titulares actuales á hacer su dimision, concluia con este deseo formulado en un estilo cariñoso y florido, que revelaba el concurso de Luis XVIII (1): «Nada mas me resta ahora, Santísimo Padre, que pedir al Señor omnipotente os conceda una larga série de felices y pacíficos años. ¡Dígnese el Dios de las misericordias, que obró para nosotros tantas maravillas, resarcirnos aqui en la tierra de las pruebas á que ha querido poner vuestra paciencia! ¡Ojalá se digne daros al fin el consuelo de ver esta antigua y célebre Iglesia de Francia, engendrada en Jesucristo por el ministerio de la Iglesia romana y alimentada por ella con la leche de la doctrina, reanimada en vuestro pontificado por un nuevo soplo del Espíritu Santo, estrechada mas y mas en los vínculos de la unidad católica, y brillando con una claridad

(1) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, p. 455.

semejante á la que derramaba en sus dias mas floridos, cuando gobernada por tantos obispos santos y sábios, y protegida por reyes gloriosísimos y cristianísimos, formaba la alegría de la Santa Sede y el ornamento de la Iglesia universal! Sin embargo, la carta proyectada no acompañó á la proposicion de un nombramiento nuevo y general, que la Santa Sede se reservó examinar.

En 8 de noviembre se firmó por fin el acta de obediencia por los prelados no dimisionarios, autores de la primera carta de 22 de agosto:

«Santísimo Padre, decian en ella, el rey acaba de darnos á conocer que está próximo á terminar con Vuestra Santidad unas negociaciones, cuyo fin debe restituir una paz completa á la Iglesia de Francia; pero el júbilo que nos causan tan lisonjeras esperanzas no seria completo ni perfecto si pudiésemos pensar que vuestro corazón paternal debiese experimentar aun el mas ligero resentimiento de amargura porque no nos hemos adherido á sus deseos en circunstancias deplorables, muy diferentes de las en que nos encontramos hoy, y que Vuestra misma Santidad nos anunciaba serle tan tristes y dolorosas.

«Aunque nos complacemos en persuadirnos, Santísimo Padre, de que Vuestra Santidad ha alejado ya hasta el recuerdo de todas las contradicciones y penas, que por tanto tiempo le han atormentado, y de las que la Divina Providencia se ha dignado consolarle como á nosotros con favores inesperados y extraordinarios, sin embargo, nuestro respeto y sumision á la Cátedra de San Pedro; nuestra veneracion á Vuestra Santidad, quien por permission divina la ocupa hoy tan gloriosamente; nuestro amor á la iglesia galicana, cuyos intereses jamás cesaron de sernos tan queridos, nos imponen el deber de procurar disipar todas las dudas que hubieran podido abrigarse en el corazón de Vuestra Santidad

acerca de nuestras verdaderas disposiciones.

»No permita Dios, Santísimo Padre, que jamás hayamos querido dividirnos de con la Santa Sede, ni pretender disminuir la autoridad apostólica. Sería injuriarnos el atribuirnos haber pensado que por cualquiera causa que fuese, por razón de las circunstancias, fuese posible separarse de la comunión de la Iglesia romana. Siempre hemos hecho profesión de mirarla, como nuestros predecesores en el episcopado, como la madre, la nodriza y la maestra de todas las iglesias, con la que todas las iglesias y todos los fieles deben ir de acuerdo por razón de su principal y excelente primacía.

»Para evitar hasta las menores dudas que pudiesen formarse sobre nuestros sentimientos en este punto, renovamos y deponemos al pie del trono de Vuestra Santidad esta declaración franca y solemne, asegurándole asimismo que, lejos de ser jamás un obstáculo á las medidas que crea deber tomar de acuerdo con el rey, para poner fin á todo lo que se opone en Francia al bien de la Religión y á la ejecución de las leyes de la Iglesia, consentiríamos mas bien, si fuese necesario, el ser arrojados como el profeta en medio de un mar borrascoso, y desaparecer para siempre, á fin de apaciguar la tempestad.

»Suplicamos, pues, á Vuestra Santidad quiera también, olvidando lo pasado, y teniendo en adelante un velo sobre todo lo que, contra nuestras intenciones, hubiera podido afligir su corazón, recibir con bondad la fiel expresión de nuestros sentimientos, de nuestra veneración filial, de nuestra obediencia, y de nuestra presteza en secundar sus piadosos deseos por la Iglesia de Francia.

»Ojalá que este homenaje y esta protesta sean dignos de Vuestra Santidad, quien independientemente de la primacía de honor y jurisdicción que le ha colocado á la cabeza de todo el episcopado, ejerce también sobre él

tan gran influencia por sus virtudes! ¡Ojalá que, como lo deseaba uno de nuestros mas sabios obispos en nombre de toda la iglesia galicana, sean dignos de nuestros padres, dignos de nuestros descendientes, dignos, en fin, de ser contados entre los actos auténticos de la Iglesia, é insertos con honor en esos registros inmortales, en que se comprenden los decretos relativos no solamente á la vida presente, sino también á la futura y á toda la eternidad!

»Prosternados á los pies de Vuestra Santidad, le pedimos nos conceda particularmente su bendición apostólica, y somos con respeto, Santísimo Padre, de Vuestra Santidad muy humildes y obedientes servidores.

»Alex. Ang., antiguo arzobispo duque de Reims; A. L. H., antiguo obispo de Nancy; Juan Luis de Usson de Bonnac, antiguo obispo de Agen; J. B. de Chilleau, antiguo obispo de Chalons-sur-Saone; Juan Carlos de Coucy, antiguo obispo de la Rochela; Esteban Juan Bautista Luis de los Galos de la Tour, nombrado en otro tiempo obispo de Moulins.»

La iglesia de Francia, cuya organización trataban de modificar así las dos potestades, se enriquecía con obras variadas, que cual otros tantos canales derramaban en ella los tesoros de la caridad.

La caridad cristiana jamás brilla con mas vivo resplandor que cuando se ejerce con aquellos hombres de las últimas clases, cuya miseria iguala á su ignorancia, y quienes causando desprecio por su mismo aspecto, parecen condenados á un abandono absoluto: San Vicente de Paul, prodigando sus socorros á los galeotes, asombra y mueve mas que cuando asiste á un rey moribundo. Cerca de un siglo despues de este bienhechor de la humanidad, el abate de Pontbriand se habia consagrado á la instruccion y alivio de los pobres savoyardos desparramados en los diferentes barrios de la capital. Habiendo perecido en el cadalso revolucionario el abate Fenelon, se-

gundo padre de los pequeños savoyardos, desde entonces estos niños, entregados á un abandono mas fatal aun para el alma que para el cuerpo, vejetaban en el olvido de todos sus deberes. Algunos jóvenes distinguidos por su nacimiento ó por su educacion, y que en medio de las seducciones del mundo se inspiraban del espíritu de los Pontbriand y de los Fenelon, continuaron la interrumpida obra bajo la direccion del abate Legris-Duval y del abate de Retz. Apareciendo como ángeles benéficos en sitios miserables en que languidecían aquellos infortunados, les enseñaron de nuevo á bendecir á la Providencia.

Otros niños eran aun mas dignos de lástima: estos eran los que, ya condenados por robo, pero no bastante corrompidos para que se desesperase traerlos á la virtud, se hallaban despues de haber sufrido su castigo abandonados la mayor parte, sin familia, sin asilo, sin medio de subsistencia, y próximos á volver á caer de la miseria en el crimen. La consideracion de este peligro hizo nacer el pensamiento de acogerlos á su salida de la prision en una casa de refugio, que se dirigiria en cuanto á lo espiritual por un eclesiástico, y en cuanto á lo temporal por los magistrados. Iniciados bajo la vigilancia de los hermanos de las Escuelas cristianas en los principios de la Religión y en los conocimientos elementales, contraían además el hábito del trabajo, y podían muy luego ser colocados entre los honrados artesanos. A la caridad ingeniosa del abate Arnoux se debió esta obra, que sirvió no solamente á la Religión, sino también á la sociedad, á la que libró de nuevos crímenes, y la dió súbditos útiles. Se estableció en la antigua casa de los dominicos de la calle de Saint-Jacques.

La limosna espiritual de la palabra divina se dispensaba con tanto talento como celo; y aquí debemos consignar que la literatura se

enriquecía en Francia con un nuevo género de que no habia modelos.

No es de extrañar que en tiempos de fé no se hubiese pensado en deducir y presentar circunstanciadamente en el púlpito todas las pruebas del cristianismo (1). Bossuet y Massillon se dirigian á cristianos convencidos, y no creían necesitar remontarse á los primeros principios de la ley natural. Pero cuando todo habia sido destruido, cuando habian sido negadas con audacia y desmentidas con impunidad las primeras nociones de orden, de sociedad, de legislación y de moral, cuando un torrente de perversas doctrinas habia venido á caer de todas partes sobre la Europa asombrada, los defensores de la Religión habian debido cambiar sus armas y concertar un plan adaptado á un género de ataque tan diferente. Un nuevo terreno exigia una táctica nueva, y las disposiciones del siglo XIX reclamaban otra manera de mover y convencer.

Así era necesario dejar á un lado por un instante la revelacion, y remontándose á los dogmas fundamentales de la ley natural, sentar bien los principios generales, hacer ver su trabazon, no descender á uno sino despues de haber puesto fuera de duda el otro; esponer la naturaleza del alma, los derechos de la conciencia, las reglas de lo justo. Se necesitaba (necesidad vergonzosa despues de tantas demostraciones y luces!) probar la existencia de Dios á un siglo indiferente á esta sublime verdad, ó aun fuertemente prevenido contra ella, refutar las objeciones mas especiosas, disipar las nubes de la ignorancia y del orgullo, y hacer que el ateísmo se avergonzase, si posible fuera, de su sistema tan absurdo como peligroso. Despues de haber sentado estos fundamentos era cuando habia que llegar

(1) *El Amigo de la Religión*, t. 7, p. 337.

á la revelacion, cuyas pruebas debian desarrollarse, unas despues de otras, por un encadenamiento claro, conciso, sorprendente, incontestable.

Tal era la tarea empaendada por Frayssinous. Llamado á un nuevo género de controversia, habia conocido la necesidad de modificar en presencia de su auditorio el lenguaje acostumbrado de los púlpitos cristianos. Antes de hablarle del Evangelio, establece los artículos del Símbolo comun del género humano, las verdades primeras, que el cristianismo supone y confirma. Estas conferencias filosóficas se dirigian no obstante á atraer á sus oyentes á reconocer la Religion. Al comenzar parecia un Platon; mas poco á poco se descubrió el orador evangélico. Descendió á verdades de otro orden, espuso la fé en toda su pureza, y muchas veces los que habian ido á oírle en la iglesia de San Sulpicio con disposiciones paganas, desengañados insensiblemente, vieron caer la venda que cubria sus ojos, y llegaron á ser cristianos bajo la influencia de sus argumentos. Frayssinous tuvo la gloria de haber contribuido así á hacer nacer y conservar entre una porcion de la juventud de la capital el espíritu vivificador de la Religion. Parece haber sido suscitado por la Providencia para servir de compensacion y barrera á los extravíos del espíritu de sistema y á los desastres de la incredulidad.

El primer periodo de su ministerio duró seis años, desde 1803 á 1809, época en que el gobierno imperial suspendió las conferencias. El orador, que en octubre de 1814 volvió á subir al púlpito de San Sulpicio, y que habia visto tambien á su auditorio dispersado por la borrasca de los *Cien dias*, pudo continuar desde el mes de febrero de 1816 esta enseñanza tan eficaz como honrosa, que cesó en 1822 á consecuencia de su elevacion á altas dignidades; pero á la que debia responder mas tarde la del P. Ravignan.

Cerca de la iglesia en que las conferencias del abate Frayssinous llamaban á un auditorio de lo mas selecto, estaba el asilo en que refflorece la congregacion de San Sulpicio. Espulsados de todas sus casas los individuos de esta congregacion, tan venerable y apostólica, porque Napoleon los suponía muy adictos á la Santa Sede, recobraron sus establecimientos, en los que perpetuaban las tradiciones de obediencia y adhesion al Romano Pontífice.

De todas partes se acudia en apoyo de la accion saludable del clero. El abate de Forbin-Janson, vicario general entonces de Chambery, se habia presentado en Roma en la época del regreso de Pio VII á su capital. Pensaba ir á evangelizar á los infieles; mas habiéndole dicho el Papa que seria mejor comenzar por la Francia, volvió á esta nacion con el proyecto de dar misiones y formar misioneros para el interior de este reino, donde el corto número de los sacerdotes agregados á las iglesias particulares no podia bastar á las necesidades de las diócesis. Se asoció entonces al abate Rauzan, y á los estímulos que recibió de Gefe de la Iglesia añadió el rey cristianísimo la seguridad de su proteccion especial. La sociedad de los *Sacerdotes de las misiones de Francia*, aprobada por el ordinario, fué autorizada por un decreto de 25 de setiembre de 1816, y sus individuos ejercieron su ministerio bajo la inspeccion de los obispos. Solamente las misiones, repetia con frecuencia el venerable y juicioso Legris-Duval, pueden salvar la Francia: la asociacion, tan felizmente suscitada por el celo del abate de Forbin-Janson, abrazó á todo el reino bajo la direccion de los dos fundadores, de los cuales uno, despues de haber rehusado la coadjutoría de Burdeos para dedicarse mas tiempo á esta obra, fué colocado en fin en la Silla de Nancy. Otras sociedades análogas existian además en diversas diócesis.

Al asegurar las misiones interiores, el rey cristianísimo no perdía de vista las extranjeras. Las congregaciones, restablecidas por Napoleon en 1805 y luego suprimidas de nuevo en 1809 en un acceso de cólera, se levantaban de sus ruinas. Los sacerdotes de las misiones extranjeras debian su restablecimiento á un decreto de 2 de marzo de 1815. La congregacion del Espíritu Santo y la de los sacerdotes de la mision ó Paulés le debieron á un decreto de 3 de febrero de 1816.

Piadosos institutos, cuyos restos se habian salvado de las borrascas de la revolucion, se reformaban para propagar el beneficio de una educacion cristiana, ó para edificar la sociedad con el ejemplo de sus virtudes.

Gracias á la dulce y penetrante influencia de las esposas y madres podia la Religion infiltrarse con fruto en las familias. Importaba, pues, preparar maestras para las ciudades pequeñas y para los pueblos. Las Hijas de la Cruz, á cuya fundacion habian contribuido San Francisco de Sales y San Vicente de Paul, y á las que Abelly, obispo de Rodez, habia dado la última forma, se reunieron para consagrarse á la educacion de su sexo, y volvieron á vestir en 9 de octubre de 1816 su hábito religioso.

Aquellas Tebaidas, que los filósofos habian representado como establecimientos parásitos, pero á cuyo rededor se vivificaban los campos, derramando en ellos no solamente en salarios, sino tambien en socorros gratuitos, sumas considerables, eran vivamente echadas de menos por las poblaciones, acostumbradas á recibir de sus religiosos el cotidiano alimento. A consecuencia de los sacudimientos políticos que acababan de conmover la Francia, suspiraban muchos por aquellos retiros consagrados á la Religion, á la austeridad y al silencio. Bajo la proteccion del rey cristianísimo los trapenses recobraron la cuna de su

reforma, y poblaron diversas soledades. En 1816 su monasterio de Port-du-Salut, cerca de Laval, se abrió por la piedad del general baron de Geramb, antiguo camarero mayor del emperador de Austria, que renunciaba los honores para abrazar una vida penitente y que, perseverando con celo en esta santa carrera y edificando al mundo con escritos piadosos, llegó á ser abad y procurador general de su orden.

Los hijos de san Bruno, como los de san Bernardo, volvian á orar en el suelo mismo de su patria para su conversion y prosperidad. La Gran Cartuja, aquella magnífica obra debida á la paciencia é industria de sus habitantes, y que entonces habia quedado desierta, se restituyó á sus antiguos poseedores, que se instalaron en ella en 9 de julio de 1816. Algunos años despues las religiosas de la misma orden recobraron tambien su regla en un asilo próximo á la Gran Cartuja.

En esta época resonaba en Francia el rumor de las revelaciones, que pretendia haber tenido un tal Tomás Martin, labrador de Beauce, en la diócesis de Chartres. Es verdad que fué presentado á Luis XVIII este hombre, á quien desacreditaron enteramente los últimos acontecimientos de su vida; pero el rey cristianísimo no necesitaba de un impulso extraordinario para proteger la Religion y el clero, á los que de suyo se mostraba tan favorable como le permitian las restricciones de la Carta constitucional que se habia impuesto.

La educacion de la infancia, base del porvenir, era el objeto de la congregacion de los Hermanos de las escuelas cristianas, fundada por el venerable siervo de Dios J. B. de la Salle. Consagrada á la pobreza, continuaba enseñando gratuitamente á los pobres bajo la vigilancia de los pastores, inculcando ante todo á la juventud los rudimentos de la doctrina cristiana, cuando en rivalidad con su método, fruto de la esperiencia de mas de un siglo, se

trató de acreditar el propagado en Inglaterra por Bell y Lancaster. A una congregacion religiosa y unida por la caridad se preferian maestros aislados, sin dependencia, que á su antojo cambiaban de sistema. A los dispensadores de una enseñanza enteramente gratuita, se pretendia sustituir los de una enseñanza gravosa. A procedimientos sencillos, en que la intervencion constante del maestro aseguraba el pronto desarrollo de la inteligencia y amoldaba á los niños á los hábitos de orden, se hacian suceder procedimientos mecánicos que, realizando bajo pretexto de enseñanza mútua la imagen de una especie de gobierno democrático en el seno de la escuela, estimulaban entre *los monitores* el sentimiento del orgullo, y entre los demás el de igualdad é indisciplina, y que tenian además por resultado ejercitar la memoria mas bien que formar la razon. Finalmente, en una época en que todos hubieran debido conocer la necesidad de atraer las nuevas generaciones á la Religion que sus padres habian desconocido, se procuraba hacer prevalecer sobre una institucion nacional y católica otra extranjera, de origen protestante y desfavorable á la Religion, cuyo estudio se decia ser muy abstracto para que conviniere embarazar con él el entendimiento de los niños, como si fuese necesario esperar que hubiese llegado el tiempo de la duda para recordarles que son cristianos, y como si esto no les dispusiera á reputar de poca importancia lo que se hubiera descuidado inculcarles desde muy temprano! Pero desde la introduccion en Francia del método rival, la opinion pública se pronunció con mas interés de dia en dia en favor de los Hermanos, y haciendo este antagonismo resaltar las garantías morales que su instituto presentaba á las familias, por todas partes se rivalizó en celo para multiplicar sus establecimientos hasta en las colonias francesas. Con el fin de atenuar en parte los inconvenientes de las escuelas

lancasterianas, Luis XVIII mandó que se escluyese de ellas á los maestros que no fuesen católicos, que solamente se enseñase en ella la Religion católica, y que los curas ejerciesen un derecho de vigilancia sobre estas escuelas.

Este príncipe restituyó á la iglesia de San Dionisio algo de su antiguo brillo. La impiedad triunfante habia dispersado los guardadores de las cenizas Reales, interrumpido las oraciones que elevaban al cielo por tantos difuntos augustos, y violado audazmente los sepulcros que la Religion ya no protegía. Convenia que el antiguo monumento elevado por Suger, consagrado por una costumbre inmemorial á la sepultura de los reyes cristianísimos, hecho mas venerable aun por los despojos de Luis XVI y de Maria Antonieta, que alli estaban encerrados, volviese á ser un lugar de oraciones, de expiaciones y de sufragios. La abadía de San Dionisio revivió, en cierta manera, en un cabildo compuesto de pontífices encanecidos en el ejercicio de las altas funciones del ministerio pastoral y de sacerdotes fieles, á los que el decreto de 23 de diciembre de 1816 encargó la guarda de las sepulturas. El santo sacrificio y las oraciones que habian cesado hacia tantos años recomenzaron muy luego, y los príncipes, sobre cuyo sepulcro debian ofrecerse perpétuamente votos al Dios de misericordia, fueron consolados en el lugar de su reposo por los sufragios de la Iglesia y por los honores tributados á sus huesos. Desgraciadamente no se recurrió á la Santa Sede para obtener la institucion canónica del cabildo de San Dionisio.

Cuando la revolucion de 1789, que se disponia á destruirlo todo, socavó el edificio de la monarquía francesa en sus verdaderos cimientos, las primeras asambleas no pudieron menos de reconocer que la Religion católica, apostólica, romana, era y debia ser la Religion del Estado. Al despojar al clero de lo que le pertenecia, fijaron á los eclesiásticos una renta,

si no proporcionada á la que acababan de arrebatárles, al menos suficiente para ponerlos á cubierto de la necesidad y de la compasion de sus feligreses. Lo que aquellas asambleas habian hecho, debian hacerlo con mayor razon las cámaras de la Restauracion, y se pensó en efecto en sacar al clero de la penuria en que se hallaba entonces, para proporcionarle una existencia mas soportable.

Y aun no se creyó suficiente pedir que los ministros de la Religion estuviesen á cubierto de la necesidad, de manera que no tuviesen que esperar diariamente socorro, bien del gobierno, ó bien de los particulares; sino que, á fin de asegurarles su independencia en lo sucesivo y restituirles la influencia que necesitaban para la felicidad comun, se comprendió que el clero debia ser propietario.

Entre los discursos pronunciados en su favor se notaron en 1816 las elocuentes palabras de Roux-Laborie, diputado entonces.

Recordando lo que era el clero de Francia antes de la revolucion, decia: «La mayor parte de nosotros ha visto aun en pie este magalífico edificio, esta obra del cielo, del tiempo, de nuestros reyes y de nuestros padres; esta bella porcion de la grandeza nacional, que la Francia estaba orgullosa de mostrar á la Europa; este monumento, conjunto á la vez de riqueza, de poder, de autoridad, de virtud, de gloria y de talento, que tan magestuosamente se habia elevado en el gran siglo y al lado del gran rey; providencia visible, que con la omnipotencia de sus dádivas neutralizaba por sí sola las calamidades públicas, rivalizando con el pueblo en fidelidad hácia el trono, y con el trono en beneficencia y bondad hácia el pueblo; cuerpo tan ilustre como útil, que no reteniendo del alto nacimiento de algunos de sus gefes mas que el honor sin orgullo, parecia ser el compendio de la sociedad entera, cuya alma y vínculo moral era, pues llamaba á sus dignidades y recompensas al la

do del hijo de los príncipes al hijo del artesano recomendado por la virtud y el talento: semejante en todo á aquella feliz y poderosa monarquía, cuyo mas firme apoyo era, hubiérase dicho que, conforme á la inevitable ley de las elevaciones y decadencias humanas, estaba advertido de su peligro por su grandeza, y amenazado de su ruina por el exceso mismo de su benéfica prosperidad: sus restos han conquistado aun al nombre francés y á la causa de la legitimidad el aprecio y admiracion de la Europa hospitalaria: el clero de la Francia, como si al concluir hubiese querido sobrepujar el brillo de su larga vida, ofreció llenar por sí solo aquel déficit en que se le precipitó á él mismo, no para cegarlos, sino para ahondarlos mas. Ahí teneis, señores, lo que era el clero de Francia en 1789...; ahora vais á ver la situacion del clero actual; vais á conocer lo que queda de la herencia de Bossuet y de Fenelon.

Trazando entonces el cuadro de la situacion presente esclamaba: «¿Qué se ha hecho de aquella juventud del santuario, eterna como el Dios á quien servia? En lugar de aquella milicia santa, cuyas filas estaban siempre llenas, que se renovaba como las mieses del estío, que la unción divina y las manos de los Pontífices consagraban cada año en ciento treinta basílicas, ¿qué es lo que vemos? Unos ancianos que se libraron del destierro, de la proscripcion, de los puñales, de las deportaciones, de los subterráneos, de las prisiones, de los desiertos que por mucho tiempo ocultaron sus virtudes, que sus enemigos llamaban crímenes; cuya miseria junta con el trabajo de la estenuacion acaba de acelerar su fin.... Durante esta segunda y sorda proscripcion, mas fatal á la Iglesia que la sangrienta que la habia precedido durante los quince años de la usurpacion, seis mil nuevos sacerdotes solamente, es decir, menos en quince años que los que la iglesia de Francia